



manda bajó apresurada el camino de adoquines que lastimaban sus descalzos pies, poco a poco fue alejándose del pueblo donde ya no tenía nada, solo malos recuerdos.

¡Había logrado escapar del tumulto de la inquisición! Logró sobrevivir. Feliz, pero agotada, decidió descansar en una enorme roca que estaba a un lado del camino de piedras, suspiró y miró al cielo que era alumbrado por los luceros, la melancolía y la tristeza la abatió, aun cuando su pequeño escape aminoraba su negatividad, su corazón aún vibraba de terror. Era una bruja o más bien, la gente del pueblo creía eso y ahora querían matarla.

¿Qué podía hacer ahora? Seguramente no podría ir al siguiente pueblo. Amanda podía jurar que los del pueblo vecino ya estaban enterados de todo. Así como los del pueblo siguiente y el siguiente. La chica tomó su cabeza y apretó sus cabellos sintiendo la desesperación invadirla, miró hacia el cielo nuevamente buscando calma en las brillantes estrellas, peinó sus cabellos rojizos, tratando de acomodarlo y despegarlos de su sudorosa frente.

Se levantó de un salto, sintiendo enseguida el contacto con el frío suelo, resopló, recordando que sus zapatillas habían pasado a una mejor vida en algún punto del camino, observó la falda de su vestido, notando lo desgastada y rota que

estaba, mientras se acomodaba la pequeña manta que traía sobre sus hombros.

Miró por donde había venido, con dirección al pueblo, furiosa, mordió su labio inferior ¡Odiaba su situación! ¿En qué momento ella había pasado a ser una bruja? Amanda quería encontrar la respuesta, pero eso era algo que jamás encontraría.

—Están locos — Susurró ella para sí misma.

¡Ya había sido testigo de la muerte de muchos inocentes por la ceguera de las personas devotas a la iglesia! Y ahora ella era víctima de aquello. Incluso su propia familia la había tildado de bruja; su padre, su madre, de no ser por su hermano mayor, Carlo, habría muerto pues éste la ayudó a escapar.

Salió de sus pensamientos cuando creyó escuchar voces, recordó que aún estaba en peligro, que algún miembro de la Corte del Inquisidor podría reconocerla y capturarla, haciendo que todo el esfuerzo de su hermano fuese en vano.

Con nerviosismo Amanda miró los árboles que estaban a un lado del camino, invitándole a entrar al bosque. No tenía otra opción, sabía que entrar al bosque era firmar una sentencia de muerte, pero... entre eso y la inquisición, la respuesta era más que obvia. Tomó una profunda respiración para llenarse

de valor, con paso suave y tembloroso, provocado tanto por el miedo como por el dolor de sus pies, se adentró en la profundidad del bosque.

Miles de preguntas pasaban por su cabeza mientras apartaba las ramas.

¿Qué hacer? ¿Adónde iría? ¿Tendría que ocultarse toda la vida?

El camino se hacía más y más oscuro, las copas de los árboles se hacían cada vez más altas y sus pensamientos se tornaban tormentosos. Un lobo aulló en la distancia y ella chilló de miedo, sintió un sudor frío bajarle por la espalda, lo que provocó que su respiración se hiciera errática y sus ojos se llenaran de lágrimas.

Pero siguió caminando, en ese momento ella prefería morir a manos de una bestia que apedreada o quemada.

—Tantas opciones para morir— Pensó la pelirroja irónica.

Sacudió su cabeza no queriendo pensar en las infinitas maneras en las que podía morir, ahora mismo, lo más importante, era conseguir refugio, un lugar seguro y en el bosque era todo un riesgo.

Por el rabillo del ojo notó una cueva, sonrió pensando en que su suerte empezaba a cambiar, corrió hasta ella para ocultarse, encontrándose en el camino con unas cuantas nueces y bayas silvestres, que recogió, comiéndose algunas en el camino. Al llegar a la cueva, buscó el lugar más oculto de esta para sentarse y terminar de comer, al finalizar se acurrucó con su pequeña manta, cerró sus ojos para dormir, decidiendo dejar sus preocupaciones para mañana.

[°°°]

La luz del día se filtraba en la cueva anunciando un nuevo día.

Amanda despertó, desubicada, sin saber dónde se encontraba... al instante los sucesos del día anterior regresaron a su mente dejando un sabor amargo en su boca; recordando la gravedad de su situación. Se restregó la cara para quitarse el sueño, se levantó pues su estómago exigía comida y toda la había consumido ayer. Dobló su manta y la acomodó en el lugar en donde había dormido y salió de la cueva con paso suave.

Los rayos de sol lastimaron sus ojos, apartó la cara escondiéndose de la luz solar, tragó saliva sintiendo la garganta seca y se decidió por buscar una fuente de agua, pocos fueron los pasos que dio cuando encontró un río a su disposición; bebió de él, se lavó el rostro para luego

retroceder al lugar donde había conseguido las bayas y las nueces, al llegar sonrió ya que habían aún más de las que vio la primera vez.

El bosque era un buen lugar para vivir, admitió la chica.

Aunque obviamente, tenía que tener cuidado con los lobos y otros animales. Tal vez incluso si se lo proponía podía cazar y con una fogata podía cocinarlos. Amanda decidió quedarse ahí, además no tenía otro lugar al que ir.

Pasaron los días, estos se convirtieron en semanas y las semanas se convirtieron en meses.

Los primeros días fueron algo difíciles para ella, las nueces y las frutas no calmaban del todo su hambre y le era complicado cazar. También tenía problemas con su ropa, su vestido era tan largo que se arrastraba por el suelo y cada vez que caminaba tenía que agarrarlo por la falda y alzarla para así caminar mejor; sus pies tuvieron que acostumbrarse a la espesura del suelo y su nariz al aire húmedo del bosque.

Un día, ya harta de la larga falda, la rompió con sus propias manos y los retazos de tela los usó para vendarse los pies. Ya por fin acostumbrada al bosque pudo pescar algunos peces en el río e incluso cazó un conejo. En los días calurosos se sumergía en el río por un buen rato para refrescarse y fue en

uno de esos días en los que sus ojos notaron aquella tierra extraña que tenía una tonalidad naranja.

Sonrió al reconocer que era arcilla, con la que hizo implementos de cocina.

Jamás volvería a comer conejo crudo.

Aunque la vida no era tan mala en el bosque, sí era muy solitaria.

Como todos los días, Amanda se despertó temprano, hizo una pequeña fogata y calentó la sopa de conejo que había hecho la noche anterior. El líquido burbujeaba dentro de la pequeña olla de arcilla y olía exquisito, metió una cuchara, que había tallado en madera, y así saborear la sopa.

Ya satisfecha empezó su rutina; comenzó a recoger bayas de los arbustos y nueces del suelo, como siempre hacía desde que llegó al bosque. Tomó un pequeño descanso, se bañó en el río y pescó un poco. El cielo comenzó a oscurecerse y Amanda recogió sus cosas para regresar a su cueva, a mitad de camino escuchó unos ladridos y los gritos de un hombre.

¿Un cazador? o peor ¿Un miembro de la inquisición?

Aterrada Amanda emprendió la huida y comenzó a caminar más rápido, luego volvió a escuchar otro grito, pero este era de dolor. La chica miró hacia atrás.

—No... no lo hagas — Se dijo a sí misma, ya acostumbrada a hablar sola. Realmente no quería hacerlo, pero aun así se acercó, siguiendo los gemidos de dolor. Un hombre estaba acorralado por una manada de lobos que pretendían comérselo. Ella tenía que ayudarlo, recogió una rama gruesa que estaba tirada al lado de suyo...

—¡Sale! ¡sale! — Les gritó ella, el hombre se sorprendió al ver a una chica en ese lugar — ¡Largo! ¡vamos! ¡lárguense!

Los lobos le gruñeron a la chica y ella les lanzó a los lejos unos cuantos pescados — hay tienen ¡shu! ¡shu! — Amanda tenía la rama agarrada amenazando a los lobos con un buen golpe, y ellos se retiraron satisfechos con los pescados en la boca.

Amanda miró al hombre, era un joven de más o menos su edad, eso pensaba ella. Miró la pierna de este y notó que tenía una herida ¿debería ayudarlo? Pensó ella, Amanda se removió incómoda.

—¿Puede caminar? — Fue lo único que se le ocurrió decirle, había pasado tiempo desde que habló con otra persona.